

3.- DICIEMBRE: PADRE TODOPODEROSO

PREGUNTAS:

¿Conoces bien el contenido concreto de tu fe? ¿Cuáles son los aspectos que más desconoces o más te cuesta entender? ¿Tratas de unir ordinariamente tu fe con tu quehacer cotidiano para evitar todo dualismo entre fe y vida? ¿En qué aspectos de tu vida afecta que hayas sido creado a imagen y semejanza de Dios, uno y trino? ¿Vives el gozo de la filiación divina? ¿En qué configura tu paternidad/maternidad el hecho de tener a Dios por Padre? ¿Eres consciente de que puedes alegrar o entristecer a Dios? ¿Eres más compasivo contigo mismo y con los demás, contemplando la compasión de Dios? ¿Eres sensible para padecer con los que sufren?

TEXTOS:

Mc 12,29-30; Jn 8,42-47; 1 Jn 4,7-16; Sab 11,21-12,2; Mc 14,32-36; CIC 185-278.

«En las catequesis de este *Año de la fe* desearía ofrecer una ayuda para realizar este camino, para retomar y profundizar en las verdades centrales de la fe acerca de Dios, del hombre, de la Iglesia, de toda la realidad social y cósmica, meditando y reflexionando en las afirmaciones del Credo. Y desearía que quedara claro que estos contenidos o verdades de la fe (*fides quae*) se vinculan directamente a nuestra cotidianeidad; piden una conversión de la existencia, que da vida a un nuevo modo de creer en Dios (*fides qua*). Conocer a Dios, encontrarle, profundizar en los rasgos de su rostro, pone en juego nuestra vida porque Él entra en los dinamismos profundos del ser humano» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, miércoles 17 de octubre de 2012).

«Algunas personas me dicen que a los jóvenes de hoy no les interesa esto. Yo no estoy de acuerdo y estoy seguro de tener razón. Los jóvenes de hoy no son tan superficiales como se dice de ellos. Quieren saber qué es lo verdaderamente importante en la vida. Una novela policíaca es fascinante porque nos mete en el destino de otras personas, que podría ser también el nuestro. Este libro es fascinante porque habla de nuestro propio destino y por ello nos afecta profundamente a cada uno» (BENEDICTO XVI, *prólogo al Youcat*).

«Tenéis que saber qué es lo que creéis. Tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar

más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión» (BENEDICTO XVI, *prólogo al Youcat*).

«De nadie se puede decir que posea la caridad por el hecho de amarse a sí mismo ni porque haya dos que se disfruten mutuamente sin ser fecundos. Donde dos se abrazan en un amor recíproco, la cumbre de la alegría es el poder compartir un coamado por ambos» (RICARDO DE SAN VÍCTOR, s. XI, el gran teólogo de la Trinidad).

«El hombre tienen un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado Uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la con-solatio, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (BENEDICTO XVI, *Spe salvi* 39).

«La afirmación de la impasibilidad de Dios presupone e incluye esta comprensión de la inmutabilidad, pero hay que concebirla de manera que Dios permanezca indiferente a los acontecimientos humanos. Dios, que nos ama con amor de amistad, quiere que se le responda con amor. Cuando su amor es ofendido, la Sagrada Escritura habla del dolor de Dios, y, por el contrario, si el pecador se convierte a él, habla de su alegría (Lc 15,7). Si se olvida esta dimensión, se desfigura el concepto del Dios que se ha revelado. (...) La Divinidad ciertamente es omnipotente, pero no indiferente; más aún, está conmovida misericordiosamente por las desgracias de los hombres, y en este sentido “compadece” sus miserias. La piedad cristiana siempre rehusó la idea de una Divinidad a la que de ningún modo llegaran las vicisitudes de su creatura; incluso era propensa a conceder que, como la compasión es una perfección nobilísima entre los hombres, también existe en Dios, de modo eminente y sin imperfección alguna, la misma compasión, es decir, “la inclinación... de conmiseración, no la falta de poder”, y que ella es conciliable con su felicidad eterna. Los Padres llamaron a esta misericordia perfecta con respecto a las desgracias y dolores de los hombres “Pasión de amor”, de un amor que en la Pasión de Jesucristo llevó a cumplimiento y venció los sufrimientos» (COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Teología-Cristología-Antropología*).